

# Alma boreal

*El diario bajo las luces del norte*

MIMMI KASS



TERCIOPELO

# Alma boreal

## El diario bajo las luces del norte

Mimmi Kass

Epílogo digital gratuito para los lectores de  
*Bajo la aurora boreal*



TERCIOPELO

# ALMA BOREAL

Mimmi Kass

## ACERCA DE LA AUTORA

**Mimmi Kass** (Valencia, 1980). Médico pediatra de profesión, ejerce en el Hospital Provincial de Pontevedra, ciudad donde reside actualmente. Además de su formación como médico, tiene estudios de psicología y sexología. Madre de dos niños y viajera infatigable, escribe desde la adolescencia. Recibió su primer premio literario en bachillerato, con su relato Una danza negra. Tras publicar relatos en varias antologías, se lanzó a la publicación independiente en 2016 con Radiografía del deseo. Diagnóstico del placer, Latidos de lujuria y A corazón abierto son algunas de sus novelas publicadas hasta el momento. Todas ellas se han posicionado como número uno en las categorías de Ficción Médica y Erótica, conquistando también a las lectoras de género romántico.

## ACERCA DE BAJO LA AURORA BOREAL

Novela ganadora del XII Premio Terciopele de Novela Romántica.

«Los protagonistas se enfrentan a las dificultades de la época, la precariedad laboral, una familia conservadora, la diferencia de clases... Un libro que te atrapa, que según avanza se vuelve más y más ágil, intenso, emocionante.»

GABRIELA OREIRO CHAPELA

«Una preciosa historia de amor y superación en la que la familia, la clase social o el qué dirán, no podrán vencer los sentimientos de dos personas destinadas a amarse. Mimmi me hizo enamorar, sufrir y morir de amor con los personajes.»

YOLANDA ALONSO ARADILLAS

«Magia pura, magnífico, tierno, dulce, apasionado. Quizás el libro más romántico que se haya escrito en los últimos tiempos.»

CARMEN GARCÍA

# Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Epílogo

PARTE 1

Epílogo

PARTE 2

# Epílogo

## PARTE 1

*Tromsø, abril del año en curso*

*E*l sonido de unas llaves en la cerradura de la entrada despertó a Jana con un estruendo metálico. Se despertó de la duermevela que la había atrapado en el sofá frente a la chimenea y aguzó el oído. Erik parecía consolar a Inés en español, y ella protestaba bastante enfadada. Se acercó a ellos sin ánimo de inmiscuirse, solo para saber si estaban bien.

—¿Qué tal? ¿Qué te han dicho en obstetricia?

Erik la miró con cara de circunstancias y la besó en la mejilla. Las abandonó a su suerte y se fue al salón.

—No sale el bebé. Otra falsa alarma, no estoy ni cerca de dar a luz —explicó Inés con tono desesperado. Era la segunda vez que iban al hospital en la aquella semana. Primero lo intentó en noruego, pero se rindió rápido al inglés—. Dice la matrona que no he dilatado ni un solo centímetro.

—Sé lo que se siente, esa certeza de que no va a salir jamás. Debes tener paciencia —la consoló Jana, recordando sus experiencias como madre con una sonrisa—. Pronto tendrás a tu bebé entre los brazos. ¿Quieres comer algo? Os habéis ido sin cenar.

—¡Yo sí! —alzó la voz Erik desde el salón, haciéndolas reír—. Estoy muerto de hambre.

Compartieron una cena tardía mientras Inés le relataba el control rutinario en la maternidad. Le gustaba tenerlos allí. Cuando su hija Maia, su marido y los tres pequeños se trasladaron a vivir con ella de manera provisional al enviudar, jamás pensó que le costaría tanto acostumbrarse de nuevo a estar sola una vez se marcharon.

—Ni una sola contracción efectiva en el registro, tan solo las de Braxton-Hicks —explicó frustrada. Erik cruzó con ella una mirada de paciencia infinita y Jana no pudo evitar disimular una sonrisa—. Al menos he podido escuchar su corazón un ratito.

—Rítmico y regular, en dos tiempos —recitó Erik, satisfecho—. A ciento cuarenta latidos por minuto. Un campeón.

Jana se echó a reír ante el comentario tan clínico de su hijo. Inés era un buen complemento para él en cuanto a dulzura y calidez. Llevaban allí desde que había salido de cuentas para facilitar la logística, pero ahora agradecía su compañía, las risas inherentes a una pareja joven y enamorada, y la ilusión por la llegada del bebé. El sexto nieto para ella. No estaba nada mal. Lo que no significaba que necesitase de vez en cuando sus momentos de introspección y calma en soledad.

—Vamos, id al salón un rato. Yo terminaré aquí.

Inés se levantó de la mesa para recoger, pero ella le quitó la panera de las manos.

—Déjame que lave yo los platos —protestó, siempre dispuesta a ayudar.

—¡Qué vas a lavar tú, si no te llegan las manos al fregadero de la barriga que tienes! —rebatió ella con firmeza. Erik se echó a reír y acabó por llevársela al salón.

Quizá por esa misma alegría y por verse reflejada en ella, pensaba en Magnus con más frecuencia de la habitual. A veces las memorias se entretrejan con la realidad y seguía esperando que su marido llegase con bollos de canela para tentarla, o que sirviera dos copas de vino para compartir los detalles de la jornada. Se echó a reír. ¿Qué diría al saber que Erik estaba a punto de convertirse en padre? Seguro que podría darle unos cuantos consejos. Se secó las manos con el paño de cocina y acabó por secar y guardar todos los cacharros. Solía cortar de raíz aquellas líneas de pensamiento o le resultaba imposible manejar la nostalgia. Echaba de menos al compañero de su vida. Tanto, que sentía que la llama de su propia existencia se agostaba poco a poco sin él.

Pensó en subir a su habitación y dormir, ya era tarde, pero la vejez se manifestaba de muchas maneras. Una de ellas, en el insomnio. El cuerpo parecía saber que tendría toda la eternidad para descansar y cada vez necesitaba menos horas de sueño. El sonido quedo de la televisión en el salón

la atrajo hasta allí y divisó a Erik leyendo con el ceño fruncido un libro que mostraba un rollizo bebé en la portada.

Se acercó para leer el título y se echó a reír. Le revolvió el pelo a su hijo con un gesto amoroso.

—*Cien maneras de criar niños felices*. ¿Crees que te va a servir de algo? —preguntó con cierta malicia. No podía evitarlo, ¡Erik se lo tomaba todo tan en serio!—. Los hijos tienden a reventar todas las ideas preconcebidas. Te lo digo yo, que he tenido tres.

Él levantó su preciosa mirada azul de la lectura con gesto ofendido. A veces, Magnus parecía materializarse en él de lo parecidos que eran, pero le bastaba descubrir los ojos glaciales de su abuelo para identificar la diferencia más importante entre ellos. A Magnus le había resultado difícil tolerar aquella mirada que tantos conflictos le generaba. Por recordarle a su suegro. Y por su propia mala relación. Quizá si las cosas hubieran sido distintas...

—Creo que es importante aprender todo lo que pueda. Los libros no son un mal comienzo —se defendió él, algo picado—. He aprendido cosas interesantes.

—¿En serio? ¡Cuéntame!

Se sentó junto a Erik y cruzó una sonrisa divertida con Inés, que leía recostada de lado sobre la alfombra, muy cerca de la chimenea. Quizá no apreciara los matices, pero hablaba noruego cada vez mejor y había que tener cuidado, porque lo entendía a la perfección.

—Demasiados libros. ¡Demasiado esfuerzo! Está convencido de que va a hacerlo mal —dijo Inés con un acento dulce que mitigaba un poco la dureza de sus palabras—. Sobre la marcha es mejor.

Erik murmuró unas excusas inconexas, pero Jana lo miró preocupada.

—¿Por qué crees que vas a hacerlo mal? ¿A qué le tienes miedo exactamente, Erik?

Él cerró el libro y clavó sus ojos de mil matices de azul en ella.

—Porque he tenido unos modelos masculinos de mierda, mamá.

Recibió su afirmación como un mazazo. Lo miró con incredulidad.

—¿Se puede saber de dónde has sacado semejantes conclusiones? Pensé que te habías acercado más a tu padre durante su enfermedad.

—Mamá, pasé catorce años casi sin hablarme con papá —dijo Erik en tono cansado. Dejó el libro a un lado y cuadró los hombros. En su preciosa mandíbula se marcó un gesto de obstinación—. Desde que decidí ser médico

las cosas se enfriaron entre nosotros, pero cuando escogí cardiocirugía como especialidad, fue como si me desterrase de la familia. Eso no lo arreglan unas pocas semanas en una situación crítica.

—Eres injusto con tu padre, Erik. No sabes cuánto. Él siempre te quiso muchísimo, pero no supo aceptar que te acercaras tanto a tu abuelo.

—Jamás he entendido el odio de papá hacia tu familia. El abuelo no era una mala persona —lo defendió Erik con lealtad. Jana cerró los ojos para lidiar con la punzada de dolor—. A mí me ayudó mucho. Cuando tú y papá me apartasteis, él y la abuela me ayudaron. Si no acepté más dinero de ellos fue por no generar más tensión entre vosotros.

—Tanto rencor, Erik. Después de tanto tiempo —dijo ella, impresionada por la amargura de sus palabras—. Pese a luchar con todas mis fuerzas para no volver a vivir la ruptura de la familia, el orgullo y la soberbia acabaron por ganarle al amor. ¡Eres igual que tu padre!

—No. No ganarle —dijo Inés con énfasis, algo frustrada por no conseguir las palabras adecuadas—. Erik volvió a su padre. Nunca es tarde para amar. Ni para volver.

Jana la miró con sorpresa, se había olvidado de que estaba allí. ¿Cuánto sabía en realidad de la historia de su familia? Erik tampoco conocía todo lo que había pasado desde que ella y Magnus se conocieron.

—Tu padre siempre te adoró, pero los comienzos con tu abuelo fueron muy, muy duros. A ti jamás te ha faltado nada, pese a que te quejes de que no te apoyamos o de que tuviste que trabajar para pagarte la carrera —dijo con dureza. A veces le parecía que su hijo mediano no era más que un niño egoísta y mimado—. ¡Te vino muy bien abandonar Tromsø y salir a ver el mundo! Es difícil para los padres liberarse de su bagaje emocional, de su pasado, para criar a sus hijos. Recuérдалo si te toca lidiar con un adolescente tan complicado como lo fuiste tú.

—¿A qué viene este rapapolvo ahora? Yo estaba tan tranquilo leyendo un libro sobre paternidad, porque siento que no tengo los recursos suficientes para enfrentarla —se defendió Erik, abriendo las manos en un gesto conciliador tan parecido al de su padre, que Jana tuvo que reprimir las lágrimas—. Si a ti te parece que catorce años de relación de mierda le dan el título de padre del año a Magnus, no te voy a quitar la idea de la cabeza.

—¡Erik! —rugió Inés. Se levantó con una agilidad pasmosa para su estado. Puso los brazos en jarras y lo fulminó con la mirada—. ¡Pídele ahora mismo

perdón a tu madre!

Si no estuviera tan enfadada, se habría reído. Adoraba esos arranques de mujer latina que Inés tenía. De la larga lista de compañeras que habían desfilado por la vida de su hijo, ninguna le hacía un contrapeso tan efectivo a su mal carácter como Inés.

—No necesito que me defiendas, *liten jente* —dijo Jana, utilizando el apelativo cariñoso que Erik usaba para dirigirse a ella. Su hijo se había puesto rojo como un tomate. Le estaba bien empleado—. Magnus fue un padre magnífico. Luchó con uñas y dientes por unir de nuevo a nuestra familia cuando tu abuelo puso todo su dinero, sus influencias y su poder para separarnos.

—Ya has mencionado antes esa historia —rebató él con tono despectivo—, no creo que sea para tanto.

—¡Argh! ¿Y tú qué sabrás? —Jana alzó las manos hacia el cielo y soltó una exclamación exasperada—. ¿Cómo puedes ser tan imprudente? ¡No tienes ni idea de lo que tuvimos que soportar!

—¡Porque papá y tú siempre nos ocultasteis lo que ocurrió en realidad! ¿Qué quieres que piense? No voy a idealizar la figura de un hombre al que casi no conocí, mamá —dijo Erik, enrocado en su posición. Jana vio el dolor. El miedo. La incertidumbre ante lo que se le venía encima con la llegada de su hijo recién nacido. Y era mucho, mucho más grande y complejo de lo que pudiese imaginar—. Magnus y yo nos acercamos al final porque los dos sabíamos que no nos quedaba mucho tiempo. Y me alegro de haberlo hecho, porque si hubiera muerto sin que nos reconciliásemos, jamás me lo perdonaría. Pero no pretendas levantarlo en un pedestal.

Jana no contestó. Tomó una determinación que hacía tiempo que le rondaba en la cabeza. Se alejó escaleras arriba y alcanzó a escuchar la exclamación airada de su hijo.

—¡Como siempre, evitando el conflicto! ¡Todo en esta familia funciona así!

Sonrió con resignación. Tan apasionado, tan visceral, tan intenso para sentir cualquier cosa, bajo esa fachada arrogante y soberbia de cirujano. ¡Había tanto de su padre y de su abuelo en él! Había sacado lo mejor de ambos hombres, pero también tenía que lidiar con lo peor.

Rebuscó entre sus cuadernos de monstruos. Así los había bautizado. En periodos de su vida en los que tenía que exorcizar algunos demonios, acudía a la tinta y al papel. En ellos vertía auténticas catarsis vitales. Cuando la

felicidad cubría sus días, no tenía tanta necesidad de refugiarse en las letras. Pero para volver atrás en el tiempo, aquellos cuadernos conservaban el tono de momento como si fuera un testigo imparcial.

Volvió al salón. Inés estaba sentada en el sofá y Erik reposaba la cabeza sobre sus piernas. Ella lo acariciaba en el pelo en silencio y murmuraba palabras desconocidas en castellano que parecían de consuelo, pero las llamas se reflejaban en sus ojos azules y delataban su tormenta emocional.

—Yo no evito el conflicto, Erik. Quizá hasta ahora no había llegado el momento de que conocieses la historia completa —dijo casi en un susurro, para no romper con tanta crudeza el momento de intimidad—. O quizá me he equivocado al retener los detalles hasta ahora. No lo sé. Solo espero que esto te ayude a tener más perspectiva.

Le entregó la gruesa libreta de cuero con las hojas ya amarillentas y un fajo de cartas ajadas. También los álbumes de fotos que tenían ya noventa años de antigüedad. Él lo sostuvo todo entre sus manos con una mirada de curiosidad despierta. Frunció el ceño, e Inés pasó la yema de su pulgar como si quisiera borrar las líneas de preocupación de su rostro antes de levantarse y hacer un gesto de despedida hacia Jana.

—Me voy a la cama, es tarde —dijo tras darle a Erik un beso en los labios y acariciar con los dedos el hoyuelo de su mentón. A veces le costaba asimilar aquel despliegue de afecto, pero Jana veía el efecto positivo que tenía sobre él—. Os dejo.

—Inés, que Erik te lo cuente si quiere. No entenderás nada porque está en noruego, pero conviene que tú sepas la verdad también.

Ella asintió con una sonrisa y la besó en la mejilla. Jana cerró los ojos en los segundos que duró su abrazo suave y también sonrió.

—Espera, Inés. Me voy contigo.

Erik aguardó a que las dos desaparecieran escaleras arriba cogidas del brazo. Le encantaba lo bien que se llevaban Inés y su madre, pero no estaba tan seguro de que le gustase tanto cuando se confabulaban contra él. Puso las cartas encima de la mesa y se agachó a recoger algo que cayó del interior de uno de los sobres. Un mechón de pelo rubio. ¿Su madre le había dejado leer sus cartas de amor? Se echó a reír. Hojeó con cuidado el primero de los álbumes, pero las fotos eran tan antiguas que se hacía difícil distinguir nada. Además, aquella libreta negra y elegante ejercía sobre él una atracción especial.

Ahucó un cojín detrás de su espalda, apoyó los pies sobre la mesa auxiliar y se recostó sobre el sofá para leer. Una sola cifra escrita en la primera página. «1969». Y un título que lo enganchó en un puño férreo: *La jaula de oro*.

# Epílogo

## PARTE 2

*E*rik cerró el diario de su madre. Abrumado, se quedó largo rato frente a las llamas de la chimenea con el cuaderno de tapas de cuero en la mano, sin saber muy bien en qué pensar. Ahora veía a todos los implicados de manera muy diferente. Con mayor respeto hacia su padre. Con admiración hacia Jana. Con sorpresa y cierto desagrado a sus abuelos, en especial a Matías, al que siempre había idolatrado.

Miró el reloj, eran más de las cuatro de la mañana. Subió a la habitación y le dio un beso a Inés, que dormía de lado con su enorme barriga de embarazada protegida entre sus manos. La tapó, pero solo hasta las caderas. Últimamente se quejaba a todas horas de que no aguantaba el calor.

Se tendió junto a ella sin molestarla, también le costaba dormir. Pero las palabras leídas bailaban aún en su mente con la danza de su significado y acabó por levantarse. Entró con cuidado en la habitación de su madre para no sobresaltarla y se recostó junto a ella, en el lugar que había pertenecido a su padre. Sonrió al recordar las noches que se escabullía de su propia cama para dormir entre ellos cuando era pequeño, no por miedo o por mimos. Solo porque así descansaba mejor.

—Mamá. Mamá, despierta —susurró en la oscuridad. La remeció con suavidad al ver que no era capaz de emerger de aquel sueño profundo—. Necesito preguntarte algo.

Jana se desperezó y se giró hacia él, soñolienta. Escondió un bostezo entre sus dedos.

—¿Qué pasa, hijo? ¿Es Inés? ¿Ya se ha puesto por fin de parto? —pareció despertar de golpe y encendió la pequeña lamparita de la mesilla de noche. Se sentó junto a él despejada por completo—. ¡Por fin, ya era hora! Yo os llevo hasta el hospital.

Hizo el amago de incorporarse y Erik la detuvo sin poder evitar una sonrisa. Así era su madre, pensaba en todo y en todos. Llevaban durmiendo en su casa desde que Inés salió de cuentas para ayudarlos en lo que necesitaran. No era la única falsa alarma de aquellos días. Y por lo que les había dicho la matrona, no sería la última. Al parecer el pequeño Magnus no tenía ningún interés en salir.

—No, mamá. Inés está durmiendo tranquila. No es eso. —Erik titubeó al ver la mirada verde e intensa de su madre—. He terminado de leer tu diario y las cartas, y necesito saber más.

—¿Ya lo has leído todo? Pero ¿qué hora es? —preguntó Jana desconcertada.

—Lo he devorado y son más de las cuatro. Mamá, ¿no seguiste escribiendo después del reencuentro? Me encantaría saber más —rogó Erik, con voz melosa. Seguiría leyendo esa misma noche. Por fin encontraba respuestas después de tantos años. Hubiera dado oro por conocer mucho antes toda aquella historia—. ¿Os quedasteis en Kristtorn? Esta casa, ¿cuándo la comprasteis?

Jana apretó los labios en una línea fina y acomodó su almohada para volver a dormir, ignorando por completo la avalancha de preguntas.

—Hijo, la única razón por la que te he permitido leer todo esto es porque quería que comprendieses un poco mejor a Magnus, que entendieras que fue siempre un padre magnífico para ti —dijo con voz enojada, huyendo por la tangente. Él soltó un gruñido—. Además, no escribí nada más. No tuve la necesidad. Las cartas y el diario fueron una especie de terapia mientras estuve alejada de él, porque si no me hubiese vuelto loca. Una vez estuvimos de nuevo juntos, no quise escribir nada. Solo vivirlo y saborearlo a cada instante, sin pensar.

—Pero...

—Ve a dormir, Erik. Deberías aprovechar las pocas noches que te quedan de tranquilidad —añadió con cierta malicia. Últimamente sus hermanos y ella no hacían más que reírse de él y de Inés como si fueran los únicos ajenos a un enorme secreto, llenándolos de amenazas veladas sobre lo que se les venía encima con la llegada del bebé.

Intentó hacer caso a su madre. Aquella cama era muy, muy cómoda. E Inés lo apartaba con cajas destempladas cada vez que se acercaba a ella de manera fortuita o intencional, aduciendo incomodidad o calor. Pero no podía dormir.

—Mamá, solo dime si papá se quedó a trabajar en Tromsø o se fue a otra

plataforma.

Jana emitió un suspiro cansado.

—Eres tan obstinado y terco como tu padre, el apellido Thoresen te queda bien. Sí. Magnus estuvo trabajando varios años en la Statoil, y lo cierto es que no era un régimen incómodo —murmuró hablando más para sí misma que para él—. Permanecía un mes en las prospecciones y otro mes en casa, y aquello hacía las cosas muy fáciles para mí. Cuando estaba de días libres, ¡yo me sentía de vacaciones!

—¿Qué hacía en su tiempo libre? ¿Cuidaba de Kurt? ¿Por qué no tuvisteis otro hijo hasta tanto tiempo después si ya teníais una situación estable? —la bombardeó Erik. Su madre se echó a reír.

—Sí, cuidaba de Kurt cuando no estaba en el colegio y yo tenía turnos en el hospital, pero tu padre era un hombre de mente muy inquieta y no tardó en montar otro negocio de manera paralela —dijo Jana, de pronto inundada por la nostalgia de los recuerdos—. Siempre traía a casa problemas para resolver: averías en la maquinaria, desafíos con las herramientas. Por aquel entonces retomó su pasión, la carpintería, y comenzó a fabricar sus propios utensilios de trabajo para encontrar soluciones a lo que necesitaba en la plataforma. También para él.

—Siempre pensé que el trabajo en la plataforma había sido algo puntual después del barco —murmuró Erik, sorprendido de enterarse de una faceta tan importante de su padre tantos años después—. ¿Cuántos años estuvo allí?

—Trabajó con Goran Petersen durante casi diez años —siguió Jana, ya con la voz clara y contagiada del entusiasmo de Erik por saber—. Pero su negocio en tierra había adquirido proporciones monstruosas. Ya no suministraba soluciones y herramientas. Por aquella época exportaba desde llaves inglesas hasta retroexcavadoras, y un día no tuvo necesidad ni ganas de volver.

—¿Y por qué no más hijos? Kurt y yo nos llevamos más de diez años.

—Cuando tengas a tu hijo te darás cuenta de que las prioridades cambian y que muchas de tus decisiones vitales girarán en torno a él —prosiguió ella con cierta condescendencia en el tono—. Tu padre no quería que me enfrentase a ninguna situación parecida a la neumonía de Kurt yo sola y sin ningún apoyo familiar. Y, al cabo de unos años, acabamos por acomodarnos. Llegó el momento en que yo ya tenía más de treinta años, una situación económica más que holgada, y a mi hijo con una edad maravillosa para viajar y compartir experiencias con él. Un bebé no nos interesaba.

—Vaya, qué bien —gruñó Erik—. Así que fui un bebé no deseado. Esa información sí que podías habértela ahorrado.

Jana soltó una carcajada que restalló en el silencio de la noche. Posó las manos delgadas y nudosas en su rostro y lo besó en la frente.

—No esperado, pero sí muy deseado —aseguró con convicción—. Cuando me enteré de que estaba embarazada, recuerdo conducir hasta casa después de un turno de tarde en el hospital y servir solo una sola copa de vino. Tu padre se dio cuenta de inmediato.

—Siempre me llamó la atención. El ritual que teníais de compartir una copa con calma cuando os juntabais en casa después de trabajar —comentó Erik, saliéndose por un momento de la conversación—. No dejabais ni que asomásemos la nariz por allí.

—¡Es muy importante mantener los espacios de la pareja, así como los propios, al margen de los hijos! No lo olvides nunca, Erik —advirtió su madre con tono serio—. Cuida tu relación con Inés y tus propias inquietudes. Los hijos un día se marchan de casa, y volveréis a teneros solo el uno al otro. Querrás tener algo interesante que contar.

Erik asintió con impaciencia, ahora le interesaba más rellenar las lagunas de la historia de sus padres que charlas de crianza y paternidad.

—¿Y el abuelo? ¿Volvió pronto con la abuela? —preguntó con avidez.

—Ay, Olivia... Tu abuela tardó mucho más tiempo de lo que imaginas en volver. Años. Y cuando lo hizo, fue según sus propios términos —dijo Jana, con la diversión dejándose traslucir en su tono de voz—. Cada vez que tu padre se marchaba a la plataforma, ella venía a Tromsø a ayudarme con Kurt. Viajaba a cualquier parte siempre que podía, y si tu abuelo no la acompañaba, iba sola. Dejó aflorar todas sus excentricidades y volvió a componer música y a pintar.

Erik se echó a reír con ganas.

—Me cuesta imaginarme a la abuela como una bohemia. Al abuelo no debió de gustarle demasiado todo aquello. —Los padres de su madre eran muy convencionales, en especial Matías. Se podía hacer una idea de la poca gracia que le debió hacer.

—Quiero creer que el amor por ella fue más grande que la presión social. Aunque, con la perspectiva de los años, no puedo evitar pensar que la vida fácil y llena de privilegios también pesa lo suyo —reconoció a regañadientes. Colocó las mantas sobre las piernas de ambos y soltó un suspiro—. A tu

abuelo siempre le ha gustado demasiado vivir bien, y a tu abuela jamás le ha preocupado el dinero. Tiene esa actitud ante los millones de no distinguir entre lo que es una corona y un ore de quien nunca ha comprado una barra de pan.

—El abuelo no trató nada bien a Inés cuando estuvimos con ellos en Oslo —comentó Erik preocupado. No quiso decirle nada a su madre para no entristecerla, pero tuvo la necesidad de desahogarse después de todo lo que acababa de leer—. Dejó entrever que opinaba que era una oportunista y poca cosa para mí. También fue muy duro cuando le dije que no nos trasladábamos a Noruega de manera definitiva. Parecía un nazi ensalzando la supremacía aria versión vikinga.

Jana puso los ojos en blanco y se echó a reír.

—¡Típico de papá! Erik, tienes que entender que si hay algo importante para tu abuelo es la familia, aunque su manera de defenderla sea clasista, racista y cruel —soltó Jana sin ambages—. Es un tema de crianza, y con los años se volvió cada vez más elitista. Esconder sus orígenes tiene mucho que ver con todo esto. En eso mi madre, mucho más aristócrata, fue siempre más sencilla y campechana. Prueba de ello es que se casó con él.

—¿Y qué fue de la cabaña de Kristtorn? ¿Todavía la conservas?

—Claro que sí. Pero no voy allí desde que murió tu padre. Demasiados recuerdos —dijo Jana, de pronto abatida. Erik podía verlo, añoraba a Magnus con la misma fuerza de siempre después de dos años, y mantenía viva la llama de su amor—. Es demasiado doloroso. ¿Podrías ir tú por mí?

—Claro. Me encantará visitarla, tengo recuerdos bonitos de cuando Kurt y yo restauramos el *Drakkar* con papá y del taller de carpintería —dijo Erik con entusiasmo—. Mañana daremos un paseo e iré hasta allí con Inés.

—Tened cuidado, ¡todavía estamos en abril! Estará cubierto de nieve e Inés no está como para pegar un resbalón —advirtió Jana. Apagó la luz y volvió a acomodarse bajo el nórdico—. Será mejor que te vayas. Salvo a mis nietos, no le permito a nadie que duerma aquí.

—Me echan de todas partes —gruñó Erik, saliendo a regañadientes de la tibieza de la cama de su madre—. No te extrañes de que vuelva aquí si me echa también Inés.

Hizo una parada técnica en la cocina y cogió un vaso de leche fría, porque caliente le daba asco, y un bollo de canela para Inés. Mejor prevenir que levantarse cuando ya estuviese dormido para cumplir uno de sus antojos nocturnos más recurrentes.

Debía de ser cierto eso de que a las embarazadas se les afinaba el olfato, porque en cuanto entró en la habitación, Inés se despertó.

—Ah, qué bien... —murmuró mientras se estiraba con lentitud sobre el colchón. Él notó la punzada de deseo al ver la curva de sus pechos llenos y los pezones puntiagudos bajo la tela suave de su pijama. Pese a su vientre abultado, Inés seguía moviéndose con la misma sensualidad que lo volvía loco —. Justo te iba a pedir que me trajeses algo. ¿Te acabas de acostar? — preguntó sorprendida al verlo con el pantalón gris y suelto de chándal y la camiseta blanca que solía usar cuando estaba en casa.

—No, he tenido una charla de lo más interesante con mi madre —dijo Erik dejando el plato sobre su mesilla. Se acomodó en la cama junto a ella e Inés se acurrucó en el hueco de su hombro.

—¿Ya has leído todo el material que te dio? Me siento una privilegiada por haber escuchado su relato. Espero que la lectura de su diario te haga entender a tu padre un poco mejor —dijo Inés ya amodorrada por el calor de su cuerpo —. Tu madre es una mujer extraordinaria.

—No lo sabes tú bien. Oye, ¿no te vas a tomar eso? Porque, si no lo quieres, me lo tomo yo —dijo Erik, todavía despejado y con el aroma de la canela en la boca.

—De eso nada, ¡ese bollo es mío! —dijo Inés incorporándose con una rapidez pasmosa para el estado de su barriga—. Y no descartes que dentro de un rato te pida más.

Los dos se echaron a reír ante lo cómico de la situación. Acabaron por compartir el bollo, pasándose el plato debajo de la barbilla para no dejar la cama llena de migas.

—Inés, ¿te gustaría acompañarme mañana a la cabaña de mis padres en Kristtorn? No tienes ni que bajarte del coche —se apresuró a explicar. Inés tenía miedo de alejarse demasiado del hospital por si se ponía de parto—. Solo quiero echar un vistazo y comprobar para mi madre que está todo bien.

Inés se incorporó y depositó sobre sus labios un beso sonriente.

—Claro que sí. Me vendrá genial caminar un poco. Pero ahora vamos a dormir.

Erik cargaba una mochila y un *cooler* en el maletero de su Tesla Model X cuando Jana llegó. Inés se acercó a ella agitando la mano y una enorme

sonrisa.

—*Hei på deg, Jana!* —saludó en un casi perfecto noruego—. ¿Cómo estás?

La cogió de las manos y buscó en su nuera la hinchazón de los labios, el descenso de la curva del abdomen y la incomodidad al caminar por el encaje de la cabeza del bebé en la pelvis, pero Inés seguía fresca como una lechuga y sin dar señales de querer ponerse de parto de manera inminente.

—Estoy bien, Inés. ¿Y tú?

Comenzó un relato alegre de su día y Jana la escuchó con indulgencia. Tanto ella como Erik estaban en esa fase en que lo único que existía para ellos era su bebé.

—Erik, he venido a traerte las llaves, no sé si tu padre dejaría escondida la de repuesto en la viga del porche o en la maceta. Mejor os la doy para que no tengáis que volver. —Su hijo extendió la mano, pero ella estaba reacia a entregársela. Hacía mucho tiempo que no visitaba la casa de Kristtorn. Casi pudo escuchar a Magnus regañándola a medias indulgente y a medias fastidiado por el abandono de su primer hogar. Pero realmente era demasiado doloroso recordarlo. Reprimió las lágrimas que afloraron en sus ojos—. ¿Puedo acompañaros? Si no interrumpo ninguna intención romántica en el paseo, claro.

—Nada de intenciones románticas —repuso su hijo con un mohín apenado—. Desde que Inés salió de cuentas estamos de Ramadán.

—Erik, no creo que a tu madre le interese la frecuencia de nuestras relaciones sexuales —repuso Inés, lanzándole una mirada de reojo—. Por supuesto que puedes venir, Jana. Es tu casa.

Jana se echó a reír. Le encantaba descubrir esas pequeñas diferencias culturales que refrescaban la relación con su hijo, pese a que Inés se sentía cada vez más cómoda con conversaciones de corte embarazoso o de índole sexual.

Se negó en redondo a ocupar la plaza del copiloto e Inés acabó por ceder. Ella se sentó en el asiento de atrás, observando con suspicacia aquellas horrosas puertas que parecían las alas de un murciélago cerrarse de manera automática.

—Hijo, este coche será muy ecológico, pero es espantoso —dijo con sinceridad. La obsesión de Erik con las energías renovables, el cuidado del medio ambiente y las nuevas tecnologías le parecía exagerado—. ¿Por qué no un Volvo todoterreno o un familiar?

Inés permaneció en silencio, mirando por la ventana como si la cosa no fuera con ella. Chica lista. Probablemente en otra época habría saltado a defender a Erik sin pensar. Ahora sabía que las alianzas familiares no siempre son blanco y negro.

—Mamá, ya te lo he explicado. Este Tesla es el todoterreno más seguro que existe, y además no contamina —dijo Erik por enésima vez en aquellas semanas en que tuvo que dar explicaciones sobre su coche a media ciudad—. ¿Por qué has cambiado de opinión en venir? ¿Has recordado alguna cosa más?

Preguntaba esperanzado, con ganas de seguir indagando. Pero Jana ya había cerrado el grifo de los recuerdos y negó con la cabeza con gesto triste.

—Hijo, a partir de ahora la historia es vuestra. Yo ya no tengo nada más que escribir, solo espero compartir unos capítulos con vosotros antes del punto final de mi parte —dijo Jana. No quería ponerse agorera, pero últimamente la asaltaba la certeza de que se acercaba su hora. Era como si estuviese esperando a que naciera el pequeño Magnus—. Creo que esta será la última vez que venga aquí. Tengo algo importante que hacer.

Inés, con su tacto de siempre, llenó el silencio tenso con una música dulce que la hizo sonreír, *Father and son*, de Cat Stevens. Escuchar a Erik canturrear al volante hizo que se le encogiera el alma. ¿Había hecho mal en ocultarle todo aquello hasta ahora? Magnus jamás quiso que revelase a sus hijos esa parte de sus vidas, pero intuía que, si él hubiera contado con toda la información, habría sido más indulgente con su padre. Ahora era un poco tarde. Y, sin embargo, estaba segura de que, al saberlo, Erik sería un padre mejor.

Los seis kilómetros se le pasaron en un suspiro. Ya nada quedaba del paisaje bucólico de hacía casi cincuenta años. Tromsø había crecido, absorbiendo las granjas aledañas como auténticas conurbaciones, y la zona residencial se extendía casi hasta Kristtorn.

—El valor de esta parcela es incalculable. Lo sabes, mamá, ¿verdad? —preguntó, con su olfato comercial siempre activo. Erik era mucho más parecido a su padre de lo que se intuía a simple vista—. La zona residencial pronto llegará hasta aquí y la ciudad no tiene mucho más sitio para expandirse. Deberías vender.

—Jamás. Tú eres un desapegado que no tiene raíces y vive en cualquier parte —lo acusó enfadada—. Tú y tus hermanos tenéis que prometerme que nunca os desharéis de este lugar.

—Es maravilloso —apoyó Inés con reverencia. Sus ojos extraños y grises estaban prendados de la imagen de la cabaña roja a lo lejos sobre la nieve y el azul rotundo del cielo y el mar.

Erik detuvo el coche frente al portón de madera, semienterrado en la nieve. Con un juramento, cogió la pala que como todo noruego guardaba en el maletero y comenzó a trabajar para liberarlo. Inés intentó entretenerla haciéndole preguntas, pero en realidad no le prestaba atención.

—Perdóname, Inés —se excusó, forcejeando con aquella puerta del demonio para bajarse del coche y seguir a pie—. Necesito llegar. No puedo esperar, tengo que ir ahora mismo.

Su nuera apretó un botón en la consola central y la puerta se abrió con un zumbido elegante. Ella se precipitó hacia el exterior. Pese a tener setenta y cinco años, aún era una mujer ágil.

—¡Mamá! ¿Qué haces? ¡Métete en el coche! ¡Te vas a congelar! —exclamaba Erik a su espalda, indignado. Solo alcanzó a escuchar el tono conciliador que empleaba Inés al aplacarlo. Sonrió. Adoraba la complicidad que tenía con ella.

Solo quería estar unos minutos a solas con sus recuerdos en la casa. Chasqueó la lengua con fastidio al darse cuenta de que la llave la tenía Erik, pero se estiró para tantear el encuentro de una de las vigas que sujetaban el techo del porche con la casa y sonrió, triunfal. La llave de repuesto seguía ahí. Como mínimo, desde la última vez que Magnus había estado, hasta poco después de enfermar. Aunque no le extrañaría nada que estuviese allí desde el setenta y dos.

Cuando entró se paralizó el tiempo.

Ya no estaban en el presente. Volvían al sesenta y nueve, a la primera vez que se amaron sobre aquella misma cama, donde amamantó a su hijo en la mecedora, en el pan de leña que aprendió a hornear. En el calor de las pieles de reno y el fuego de la chimenea. En las noches a la luz de las lámparas de aceite, escuchando los discos en el gramófono. En las largas charlas de invierno bajo la aurora boreal.

Caminó de vuelta a la ensenada y, con cuidado de no dar un paso en falso sobre la nieve que cubría la arena, buscó las tablas en buen estado del embarcadero para adentrarse un poco en el canal; sacó de su bolso la pequeña urna con las cenizas de Magnus. Las volcó sobre el agua y observó cómo volaban las virutas grises y caían acariciando las olas. Se mantuvieron en

suspensión unos segundos sobre la superficie antes de desaparecer. Ahora reposaría en el lugar que más amaba. Y allí estaría ella también.

—Hasta pronto —susurró con la complicidad de saber que el día estaba cerca.